

LA OTRA VIDA

Juan Serrano Cazorla

El día 16 de enero de 2008, un jurado presidido por Rogelio Blanco Martínez y compuesto por Fernando Marías y Ana Rossetti otorgó el Accésit del VI Premio de Narrativa Caja Madrid, dotado con 6000 euros, a la novela finalista *La otra vida*, de Juan Serrano Cazorla.

1ª Edición Digital. Septiembre 2012

Copyright © Juan Serrano Cazorla, 2010
<http://www.juanserranocazorla.com>

Diseño de la portada: Juan Serrano Cazorla
Copyright © De la ilustración de la portada: hikren-Fotolia.com

Colección JSC

ISBN: 978-84-616-0261-2

Smashwords Edition. License notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be resold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each person. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

La copia de este libro electrónico es exclusivamente para su uso personal. Esta copia no debe ser revendida ni entregada a otras personas. Si usted desea compartir este libro electrónico con otras personas compre, por favor, una copia adicional para cada una de esas personas. Si usted está leyendo este libro a pesar de no haberlo comprado, entonces diríjase a Smashwords.com y adquiera su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo del autor.

Tabla de contenidos

[Copyright](#)

[Prólogo del narrador](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera parte](#)

[Epílogo](#)

[Nota sobre el autor](#)

A mis padres

Prólogo del narrador

Durante muchos años, me afané en enterrar el pasado, me esforcé en borrar de mi memoria las imágenes de un breve periodo de mi vida que determinó de forma crucial mi existencia posterior. Mi perseverante esfuerzo sirvió para apaciguar el dolor, que, con el paso del tiempo, terminó disipándose. Pero, después del dolor, la tentación hizo acto de presencia. Hace tres años, esa persistente tentación me llevó a rescatar, del interior de una caja fuerte que permaneció cerrada durante mucho tiempo, las cartas que, al final de mi adolescencia, le escribí a la persona más importante de mi vida. Fueron muchas las ocasiones en las que releí, con creciente fascinación, esas cartas. Y, al contrario de lo que yo temía, el dolor no resucitó. En su lugar, brotaron en mí un sentimiento de compasión y otro de admiración hacia aquel adolescente que escribió unas cartas tan tristes como bellas.

Así pues, la relectura de esas cartas me permitió recomponer, pieza a pieza, el puzle del pasado. Por extraño que parezca, esa tarea me resultó de lo más reconfortante. Lo fue, en primer lugar, porque, al evocar yo los acontecimientos pretéritos, constaté que el dolor que aquéllos me infligieron me había convertido en un ser superior al que era por entonces; y, en segundo lugar, porque me reencontré con un extraordinario material que sin duda merecía que yo, ahora que había alcanzado mi primera madurez creativa, le confiriera entidad literaria. Durante bastante tiempo, el pudor me impidió tomar la decisión de llevar a cabo tan delicada empresa. Pero, finalmente, me sobrepuse a ese pudor y, por consiguiente, resolví que mi primera obra literaria poseería raíces autobiográficas.

De todos modos, mi intención nunca fue la de escribir una obra mimética. Por tanto, el texto que he construido no refleja de forma fidedigna y exacta los hechos reales, sino que los desfigura. Prueba de este propósito es que he sometido las cartas que le escribí a mi confidente a un meticuloso proceso de reescritura para que la calidad de su prosa adolescente alcance la del resto de capítulos de la obra, que bien amplían determinada información contenida en las misivas, bien aportan información importante que no está presente en éstas. Esencialmente, he mejorado el léxico y la sintaxis del texto original de dichas cartas; he redistribuido también la información de la forma más adecuada. No obstante, el contenido informativo e ideológico de las cartas permanece casi intacto: solo en algunos casos he ampliado o restringido dichos contenidos. Por otra parte, he ocultado la identidad real de las personas que intervinieron en esta historia tras nombres ficticios. El pueblo costero –al que no le he asignado ningún nombre– en el que se desarrolla la mayor parte de la acción no es exactamente la población real en la que tuvieron lugar los hechos, sino una mezcolanza de diferentes ámbitos geográficos costeros que he visitado a lo largo de mi vida.

Ahora que he terminado esta novela, ahora que he sublimado el doloroso pasado, puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que la literatura es lo más hermoso que hay en este mundo.

Barcelona, mayo de 2004

PRIMERA PARTE

Fueron las aguas opacas que espoleaban las rocas del rompeolas las que me mostraron el destello plateado, pigmentado por el oro, que secuestró mi atención y sometió mi inteligencia durante aquel verano imborrable. Fue la magnificencia de aquel destello –y, en buena medida, sus súbitas apariciones y desapariciones– la que estrechó los vastos confines de mi vida, la que desalojó de mi mente todos los objetos que, hasta entonces, habían nutrido mi existencia; fue el afán de buscar, capturar y poseer aquel destello esquivo el que tiñó los días de aquel verano de mi adolescencia de una belleza desoladora.

Cuando mi tío y yo accedimos, todavía somnolientos, al escarpado rompeolas, ya asomaba el sol, perezoso y prometedor, por el horizonte, iniciando así su peregrinaje por un cielo azul y límpido que prometía contribuir, con su benevolencia, a satisfacer el afán que nos había traído hasta allí. El mar presentaba, afortunadamente, una cabellera rizada cuyas puntas espumosas acariciaban los bloques de cemento; las aguas, además, burbujearan. «¿Lo oyes?», me preguntó mi tío. «¿El qué?», respondí yo. «La risa del agua». «Qué risa, tito». «¿No oyes cómo se ríe el mar? ¿No oyes las burbujas?». «Yo no oigo nada». «Pues no puedes pasar por alto detalles como ese. Son fundamentales. Párate y escucha con atención lo que el mar tiene que decirte». Yo, que intuía que iba a recibir la primera lección magistral, detuve mis pasos, cerré los ojos y, tras unos segundos de desconcierto, escuché aquella sutil sinfonía que, en primera instancia, me había pasado desapercibida. «Sí, sí, ya lo oigo». «¿Lo ves? Solo tienes que prestar atención». «¿Y que el mar burbujee es una buena señal?». «¡Y tanto! El mar está contento, sobrino. ¡Hoy va a ser un gran día! Dime, ¿no notas el viento? Mira hacia el mar y dime de dónde viene el viento». Fijé la vista en la franja del horizonte y aspiré la tenue brisa marina, que olía a salitre fresco. «Viene de mar adentro». «En efecto. Al mar le gusta que lo peinen desde atrás. Por eso está hoy tan contento. Tienes muchas cosas que aprender. Recuerda que, en esta vida, no hay efectos sin causas. El éxito, por tanto, depende de la pericia que se tenga para identificar esas causas. Recuérdalo bien. Pero vamos, que hoy tenemos que darnos prisa».

Después de aquella conversación reveladora, mi tío y yo continuamos caminando por la carretera, que, a lo largo de su flanco izquierdo, cobijaba los bloques de cemento que constituían el rompeolas. Desde nuestra posición elevada, mi tío divisó en la lejanía el apostadero al que nos dirigíamos: un bloque de cemento sobre el que se había construido una plataforma metálica que se adentraba unos cuantos metros en el mar. «¿La ves? ¿No es preciosa?». «¿Todo eso lo has hecho tú, tito?», le pregunté asombrado. «Con estas manos que ves. Seis meses tardé en construirla. Y ya tiene quince años». Al contemplar la majestuosidad de aquella lengua metálica que se elevaba un par de metros por encima del nivel del mar, al escrutar su esqueleto y descubrir la minuciosidad con la que había sido elaborado, me convencí de que mi tío amaba realmente la actividad para cuyo ejercicio había sido construida. En ese momento, mientras nos acercábamos a la arquitectónica plataforma incordiados por el chasquido que prorrumpían las oxidadas ruedas del carro que arrastraba mi tío, me pregunté si algún día, llevado por una pasión cualquiera, yo sería capaz de tomarme tantas molestias como las que se tomaba él a diario; y es que, ciertamente, la tenaz dedicación que mi tío le brindaba a aquella actividad en la que yo pronto me iniciaría se me antojaba desproporcionada y, por tanto, incomprensible. Mi adolescente inteligencia,

egregia pero poco experimentada, estaba convencida por entonces de que no había nada en este mundo que pudiese ocupar todo el espacio de nuestra mente; así que resulta razonable que yo tuviera una gran curiosidad por conocer cuál era la mágica naturaleza de aquella actividad que tenía sometido al sensato y docto hermano de mi madre. De todos modos, yo estaba seguro de que, fuera cual fuera su encanto, jamás lograría anegarme, como a mi tío, en sus aguas seductoras. Y la verdad es que no lo hizo; probablemente, porque fueron otras aguas más poderosas las que mitigaron su influjo.

«Bajaré yo primero. Tú quédate aquí arriba y, cuando te avise, me vas pasando las cosas del carro», me ordenó mi tío cuando nos detuvimos, deslumbrados por un sol pletórico, junto a una escalerilla de acero inoxidable que facilitaba el acceso al escarpado rompeolas. «¿También la has hecho tú?». «Por supuesto. Y anda que no va bien. Si intentas bajar aquí de un salto, te puedes pegar un porrazo de aúpa», me advirtió desde la escalera. «Tampoco está tan alto», estimé yo. «Tú no lo intentes, no vaya a ser que tengamos un disgusto. Venga, ve dándome las cosas». Una vez que trasladamos todos los bártulos desde el borde de la carretera hasta la espaciosa plataforma, tardamos un buen rato en montar ‘el chiringuito’, expresión esta que mi tío empleaba con frecuencia. El que se había proclamado a sí mismo mi maestro, a pesar de que no dejaba de decirme que hoy nuestras presas podían llegar más pronto de lo habitual, comenzó a moverse de una forma parsimoniosa y precisa; sin precipitación alguna, fue manipulando los objetos, colocándolos en su exacta posición. A mí tanta lentitud, tanta delicadeza me exasperaba. Yo me preguntaba, por ejemplo, por qué tenía que modificar tantas veces la posición de las anillas de la caña si, en el primer intento, ya había logrado una alineación prácticamente perfecta; o por qué comprobaba una y otra vez la muerte de los anzuelos y los nudos de las bagas. Tan eterna e insufrible se me hacía aquella espera, que le dije a mi tío: «¿Te queda mucho? ¿No decías que hoy podían llegar pronto? Pues a este paso las vamos a perder». «Eso no importa, sobrino. Lo verdaderamente importante es que, cuando lleguen, todo esté perfectamente preparado. Ellas son muy exigentes; son recelosas, caprichosas, esquivas e impredecibles; en este sentido, se parecen mucho a las mujeres. Cualquier error previo, cualquier descuido haría imposible su captura. Si, cuando ellas penetren en nuestra zona, alguno de los elementos de nuestra sofisticada emboscada se resiente, lo percibirán de inmediato y, entonces, huirán de nuestro *pesquil* y no regresarán en toda la mañana. Y eso no nos interesa, ¿verdad? No nos interesa que ellas tomen conciencia de que nuestro *pesquil* es un lugar peligroso. Así que deja de quejarte y observa con atención todo lo que voy haciendo». Aquel breve discurso me subyugó. ¿Realmente nos íbamos a enfrentar a criaturas tan inteligentes? Yo pensaba que adjetivos como esquivas o recelosas designaban atributos exclusivos del ser humano. ¿Era posible, pues, que bajo aquellas aguas deambularan criaturas capaces de detectar las posibles fisuras de una trampa pergeñada por humanos? Sinceramente, a mí esto se me antojaba improbable. De todos modos, me dejé cautivar por aquella sabia retórica que convertía una actividad en principio pueril y aburrida en un reto de grandes proporciones. Sin lugar a dudas, mi tío, que había sido informado de la forma y el carácter que poseía mi inteligencia, supo emplear los recursos apropiados para prender mi atención. De modo que, a partir de entonces, procuré grabar en mi mente todos y cada uno de los movimientos que iba ejecutando mi maestro.

Cuando éste dio por finalizada la primera fase de su tarea –que consistía en el montaje de los numerosos utensilios–, yo esperaba que, a continuación, se dispusiese a sumergir el sedal de la caña en las aguas de nuestro *pesquil* para comprobar si nuestras presas habían hecho ya acto de presencia; pero no fue así. Mi tío, parsimonioso, se acercó al carro de las ruedas oxidadas, cogió un cubo blanco y, de su interior, extrajo

una ovalada malla blanca repleta de sucios mejillones, un curioso artilugio de cuero y un recipiente rectangular con agujerillos en la tapadera que bisbiseaba. «¿Para qué es todo eso?», le pregunté. «¿Qué te pensabas, que ya había terminado? Pues no. Aún queda lo más importante: hemos de hacer atractivo nuestro *pesquil*. Ellas jamás se detienen sobre un objeto que no les resulte atractivo; como ya te he dicho, son demasiado exigentes. Por eso hemos de depositar en nuestro *pesquil* los objetos que más aprecian, esto es, los mejillones. De lo contrario, no lograríamos captar su atención y, por tanto, no se detendrían en nuestra zona. ¿Es comprensible, no? ¿Acaso nosotros atendemos aquello que no nos interesa? Pues ellas tampoco. En fin, que sin mejillones no hay nada que hacer». «Pero pescaremos con la carne del mejillón, ¿no?», supuse. «En primer lugar, no vamos a pescar con estos mejillones. Estos los utilizaremos como reclamo. Y, en segundo lugar, los mejillones se ceban en el anzuelo enteros, es decir, con la cáscara incluida. Además, ¿no te has fijado en que las *gametas* tienen dos anzuelos? Pues bien, en uno de ellos pondré un pequeño mejillón; y, en el otro, un cangrejo vivo –mi tío señaló el recipiente rectangular con agujeros en la tapadera–. ¿Que por qué? Pues porque a veces las muy caprichosas desdeñan alguno de estos dos manjares predilectos. En cuanto al mejillón, hay que presentarlo con cáscara porque, si no, sería devorado por otras especies menores que no nos interesan. La reina del rompeolas es la única que puede triturar su concha y también el caparazón del cangrejo. Así tenemos la seguridad de que nuestros cebos permanecerán intactos hasta que llegue la presa que deseamos. Y es que las criaturas selectas requieren una pesca selectiva. Nuestra propia sociedad está llena de ejemplos, ¿no te parece?». Yo, gratamente impresionado, asentí. Mi tío me hablaba con entusiasmo, con la misma profundidad argumentativa que, seguramente, empleaba todos los días en el ejercicio de la abogacía. Su mente, como la mía, era extremadamente analítica. Esta circunstancia me apegaba a él –a pesar de que yo no lo conocía demasiado– e incrementaba, por momentos, mi interés por aquella actividad que entrañaba una complejidad inesperada. De hecho, no me interesaba la actividad en sí, sino el modo en que mi tío la diseccionaba y me la transmitía. La mayoría de pescadores se limitaban a sumergir el sedal de sus cañas en las aguas y a esperar que el azar les brindase alguna captura. Mi tío, en cambio, gracias a un minucioso proceso analítico que se iba perfeccionando día tras día, armaba un sólido y sofisticado entramado que garantizaba que el azar no sería el principal proveedor de las capturas. Mi mentor había aprendido, a lo largo de los años, a pensar como sus presas; por esta razón, era capaz de anticiparse a sus movimientos. Nuestras inteligencias, pues, eran gemelas: las dos, para extraer su fruto más recóndito, sometían al mundo –a sus constituyentes– a un intrincado y perseverante proceso analítico. Aquel descubrimiento me consoló. Resultaba gratificante saber que yo no era el único que se asfixiaba entre tanta estulticia.

«¿Y eso para qué sirve?», le pregunté a mi tío, señalando el artilugio de cuero cuya utilidad yo no había podido determinar porque estaba enrollado sobre sí mismo. «Esto, aunque así no lo parezca, es una honda. Con ella puedo depositar una veintena de mejillones en un área de unos diez metros cuadrados. Desde el final de la plataforma, hay cuatro metros de roca. Después comienza la arena. Pues a pocos metros de la roca, sobre la arena, deben caer los mejillones. La acción de la honda permite que los mejillones no se acumulen en un espacio reducido». «Pero ¿no sería lo ideal tenerlas a todas juntas en un par de metros cuadrados de terreno?», le pregunté a mi instructor, deseoso de que éste me brindara una brillante respuesta que me hiciera ver la luz. «Parece lógico, ¿verdad? Pues no lo es tanto. Cuando era un novato en todo esto, hace ya tantos años, caí constantemente en ese error: lanzaba los mejillones, con mi propia mano, sobre un mismo punto; después lanzaba el cebo sobre esa zona reducida. Con

este procedimiento, nunca conseguía más de una o dos capturas, tras las cuales ya no había más picadas. Dime, ¿no te parece extraño?». «No sé... Ahora sueles coger más de dos», le comenté a mi tío, pues eso era precisamente lo que yo tenía entendido, que mi mentor solía regresar a casa con la red rebosante de plata y oro. «Ahora cojo prácticamente la totalidad de las piezas que entran en el *pesquil*. Entonces está claro que algo fallaba, ¿no crees?». «Bueno, tal vez por entonces estos peces no eran tan abundantes en esta zona», argumenté torpemente. «¡No digas tonterías! ¡Estaban por todas partes! ¡Y además eran gigantescos! Es ahora cuando escasean». «Y, sin embargo, ahora capturas más...». Mi cerebro, tan acostumbrado a realizar deducciones complejas, trataba de encontrar una respuesta que me hiciese merecedor, a los ojos de mi tío, de la sabiduría que éste estaba dispuesto a transmitirme. Pero fue en vano. «No sé, tito, esto es nuevo para mí; ahora mismo no se me ocurre nada», le dije finalmente, decepcionado conmigo mismo. «No te preocupes. Yo tardé bastante tiempo en descubrir el motivo. Tardé cierto tiempo en darme cuenta de que estaba haciendo algo mal, y mucho más tiempo en detectar el error y en hallar una solución. Presta atención: si dispusiésemos la siembra de mejillones de tal modo que ellas pudieran comer juntas, en cuanto claváramos alguna su furibunda reacción asustaría a las demás; entonces las habríamos perdido definitivamente. Adiós a la pesca. Un ejemplar, dos, a lo sumo, lograríamos meter en el salabre. Así que hemos de lograr separarlas, obligarlas a desplazarse de un lado a otro en busca de la comida. Por eso es tan importante la acción de la honda. Ellas devoran un mejillón y, a continuación, se ven obligadas a desplazarse para encontrar otro. De esta forma, cuando clavamos alguna, las demás están lo suficientemente alejadas degustando su manjar o buscando uno nuevo como para no percatarse del alboroto. Además, este sistema crea en sus mentes una sensación de escasez beneficiosa para nuestros intereses: como no pueden localizar todos y cada uno de los mejillones de una sola ojeada, tienden a pensar que escasean y, por tanto, que no hay suficientes para saciarlas a todas. Se establece entonces una situación de competencia que provoca que coman con celeridad, sin tomar apenas precauciones. Es como cuando pones un solo plato de galletas en una mesa rodeada de chiquillos. Como las galletas escasean, su instinto los obliga a masticar rápidamente con el fin de comer el mayor número posible de galletas; pero, si en lugar de uno, pones media docena de platos en la mesa, los chiquillos comen con total tranquilidad. Y, en el caso de nuestras presas, eso es precisamente lo que tenemos que evitar, que coman, según su costumbre, con tranquilidad. En esto precisamente es efectivo mi actual sistema, que ya tiene muchos años. El antiguo era un desastre. Imagínate tres o cuatro kilos de mejillones acumulados en un espacio reducido. ¡Ellas comían con toda la parsimonia del mundo!». «¿Y qué hay de malo en ello? ¿Qué importancia tiene que coman con más o menos tranquilidad? Lo importante es que coman y que caigan en el engaño, ¿no?», quise saber yo, que, por más que lo intentaba, no era capaz de resolver, por mis propios medios, los interrogantes que me iba planteando mi tío. Éste, que intuyó mi malestar –pues sabía perfectamente que mi inteligencia no estaba acostumbrada a toparse con demasiadas barreras–, me dijo: «Todas estas cosas no se pueden saber de buenas a primeras, sobrino. Tienen que pasar muchos años. Fíjate, yo diría que me ha salido una cana por cada cien horas que me he pasado pensando en todo esto. Y mira todas las que tengo. Venga, te voy a ir dando pistas y ya verás como tú solito encuentras la respuesta. Dime, ¿qué crees que pasa cuando un pez cualquiera se traga el cebo? Explícamelo paso a paso». Traté de imaginarme la escena. En cuanto la moldeé con todo lujo de detalles, se la describí a mi tío: «Veamos, el pez se acerca, observa el cebo, lo olfatea y, si le gusta, lo absorbe, lo saborea y, al final, si no nota nada extraño, se lo traga. Entonces se aleja del lugar. Cuando el hilo se tensa y el pez siente el pinchazo del anzuelo, éste acelera y

se retuerce para tratar de liberarse. Pero, debido a la elasticidad moderada de la línea, lo único que consigue es que el anzuelo penetre aún más en la carne. En ese momento, la puntera de la caña se arquea». «Perfecto, sobrino. Yo no lo habría dicho mejor. Bien, ¿y si te digo que ellas no actúan de ese modo? Ellas se acercan al cebo, lo absorben, lo colocan entre sus poderosos molares, lo machacan y, por último, lo escupen. Entonces van devorando los pequeños fragmentos, que, por supuesto, ya se han desprendido del anzuelo. Todo esto lo hacen con tanta meticulosidad, que la puntera de la caña no se mueve ni un solo milímetro». «¿Quieres decir que no se clavan solas?», deduje yo. «Eso es. Ya lo tienes, ¿verdad?». Sonreí ampliamente y, con gran satisfacción, le proporcioné a mi tío la solución que él ya conocía: «Hay que aprovechar el momento en que tienen el cebo en la boca para darle un tirón a la caña y así conseguir clavarlas. Pero, claro, si comen con la tranquilidad con la que suelen hacerlo por naturaleza, la caña no se mueve en ningún momento. ¿Cómo se sabe entonces cuándo tienen el cebo en la boca? Pues no se sabe. Para saberlo, para que la puntera de la caña se mueva, hay que conseguir que cambien su manera cautelosa de comer. Y eso es lo que consigue tu sistema de pesca. ¿Qué te parece?». «Sobrino, eres un lince. Tú y yo nos vamos a entender perfectamente. En poco tiempo serás un pescador de primera».

Tras nuestro intercambio dialéctico, mi tío se dedicó a manejar la honda con una pericia exquisita. Los mejillones, amontonados sobre la superficie elíptica de la honda, salían despedidos por el aire –donde tejían una telaraña azabache– y, como minúsculos meteoritos sincronizados, caían sobre el agua provocando un chapoteo multitudinario. En cuanto penetraban en el agua, aquellas plumas de cuervo se sumergían lentamente en una danza oscilante y arrítmica que las conducía al lecho marino, donde se arrellanaban plácidamente. Después de cinco ráfagas certeras, quedó configurada nuestra alfombra de diamantes negros, en espera de nuestras selectas y caprichosas huéspedes. A continuación mi tío, sentado ya sobre su silla de madera –que tenía entre sus patas delanteras y traseras dos soportes que mantenían la caña en una posición horizontal–, abrió la caja que emitía bisbiseos y extrajo, de su interior, un pequeño cangrejo que intentaba pinzarle el pulgar y un mejillón menudo tapizado de musgo. Clavó el anzuelo inferior de la *gameta* en el caparazón del cangrejo de modo que la muerte de aquél sobresaliera por el vientre de éste; el segundo anzuelo lo introdujo, después de forzar las valvas con una navaja, en el interior del mejillón, al que, acto seguido, desprovoyó del musgo, que le confería un aspecto sucio y, por consiguiente, poco atractivo. «¿Lo limpias para que destaque entre el resto de mejillones?», deduje yo. «Exacto. Cuando le dé el sol, el caparazón limpio desprenderá destellos que atraerán a la pieza que esté más cerca». «Tito, esto es más interesante de lo que yo pensaba». «Ya te lo dije. La pesca es una ciencia compleja. Y aún no has visto lo mejor». En el mismo instante en que pronunció esta frase, mi tío unió la *gameta* al mosquetón de la línea principal. Entonces mi mentor alzó los siete metros de aquella ligera vara de grafito por encima de su cabeza y, mediante un eléctrico latigazo, proyectó la línea hacia el centro exacto de la zona azul que conformaba nuestro *pesquil*; esperó a que el plomo alcanzara la arena antes de cerrar el *pick-up* del carrete y de tensar la línea; cuando hizo esto, la sensible puntera de la caña se arqueó ligeramente. «Bueno, sobrino, ahora es cuando comienza la espera». Mi tío consultó su reloj de pulsera. «Son las ocho en punto. Normalmente, pican entre las diez y media de la mañana y la una del mediodía. Pero nunca se sabe». «¿Hay alguna razón por la que piquen a esas horas?», me interesé yo, dispuesto a enfrentarme a un nuevo rompecabezas. «No tengo ni idea. Ese es un enigma que aún no he conseguido resolver. Tal vez tenga que ver con el hecho de que el sol está en una posición más elevada a esas horas. O quizá en esa franja horaria se active el mecanismo del apetito en estos peces. Cualquiera sabe».

Estuve unos veinte minutos mirando, casi sin pestañear, la puntera de la caña. Durante ese breve periodo de tiempo, no se produjo el más mínimo movimiento. Esto me desesperó (aún no había entrenado lo suficiente el músculo de la paciencia), pues me había fabricado la esperanza de que, por aquella vez, nuestras presas se acercaran a nuestro sembrado antes de lo que –según mi tío– solían hacerlo. Pero, evidentemente, ellas no iban a hacer una excepción para satisfacer mi capricho. Así que, como la puntera de la caña permanecía inmóvil –a pesar de lo cual mi tío, imperturbable, no le quitaba el ojo de encima–, retiré de ella mi lacrimosa mirada –el sol, a aquella hora, era ya implacable– y la desvié hacia la derecha. Fue entonces cuando me di cuenta de que teníamos compañía: a unos cien metros, una caña más corta y más ruda que la de mi tío descansaba sobre una roca en posición vertical; detrás de ella, sobre la misma roca plana que la sustentaba, permanecían arrellanados un hombre y una muchacha. «Esos no pescan como nosotros», le comenté a mi tío, que, sin descuidar la puntera de la caña, miró de reojo a la pareja a la que yo me refería. «Ese no tiene ni idea. No ha sacado en su vida una pieza que merezca la pena». «¿Lo conoces?». «De verlo por aquí nada más. Supongo que aquella será su hija. Es la primera vez que la veo por aquí». Después de proferir estas palabras, mi tío se sumió de nuevo en el silencio. Yo, aunque deseaba obtener más información sobre el padre y la hija, no me atreví a hacerle más preguntas. Traté entonces de captar los matices del rostro de aquella bronceada muchacha que lucía un biquini plateado; pero la considerable distancia que nos separaba hizo imposible la tarea de aislar unos rasgos definidos que pudieran despertar en mí algún tipo de reacción. Por el momento, aquella muchacha no era más que un pequeño punto difuminado, como aquellos veleros que se desplazaban a lo largo de la línea del horizonte.

La noción de distancia que representaban aquellos objetos me hizo pensar en la ciudad que había dejado atrás, en la vida de la que me había despedido para siempre. Me di cuenta entonces de que, aunque la distancia física que me separaba de mi pasado no excedía los ochenta kilómetros, mi mente estaba ya en los antípodas del lugar que me había acogido durante los primeros dieciséis años de mi vida. En efecto, a pesar de que hacía poco más de un mes de mi partida, la nostalgia no hacía acto de presencia cuando saltaba en mi memoria una chispa que evocaba las calles de mi barrio o los pasillos de mi instituto. No era de extrañar, ya que, ciertamente, no había ninguna fuerza que me demandara, que arrastrara mi pensamiento hacia su fuente de energía: ni unos amigos fieles, ni un entorno académico agradable, ni una muchacha tierna y hermosa que me tuviera en consideración. Yo había abandonado un desierto húmedo y frío en el que los únicos oasis que me abrigaban eran el de mis padres y, por supuesto, el del ya septuagenario señor Luis, mi amigo, mi confidente. Mis padres me habían acompañado en la mudanza (bueno, en realidad, yo los había acompañado a ellos); el señor Luis, en cambio, se había quedado en su casa cuidando de la única familia que le quedaba: su copiosa biblioteca. Y, aun así, aunque el anciano había sido el lenitivo de mis tormentos prácticamente durante toda mi vida, yo no lo echaba de menos. Sin duda, porque sabía que, a pesar de que su cuerpo no estuviera presente, el anciano seguiría desempeñando un papel fundamental en mi vida por mediación de la correspondencia que intercambiaríamos. Así que a medida que yo –sentado en la plataforma de mi tío– recorría fragmentariamente la senda de mi anodina vida en la ciudad y la comparaba con la instructiva y gratificante vida que, a mi juicio, me esperaba junto a mi tío y mis primos en aquel pueblo costero, una alegría enorme –e injustificada– se fue instalando en mi semblante. Y es que, si bien antes de aquel día –cuando apenas hacía una semana que mis padres y yo nos habíamos trasladado a nuestro nuevo hogar– pensaba que tal vez habría sido preferible continuar a la deriva en un lodazal ya conocido a adentrarse

en un lago azul que podía transformarse, con el tiempo, en una ciénaga aún más adversa que la anterior, en aquel momento, mientras la brisa y el sol me acariciaban la piel con su guante balsámico, tuve la certeza de que por fin los rayos de luz habían horadado el oscuro velo que daba forma a mi vida; tuve la certeza de que, en aquel nuevo entorno, apacible y hospitalario, podría subsanar la necrosis que allá, en el cenagal de la gran urbe, me había devorado el alma. En éste, mi vida era la de una sombra taciturna que, en lugar de pisar el suelo con pasos firmes, se arrastraba por las paredes de la ciudad como un ente viscoso y escurridizo que, desde la periferia de aquellas paredes deshabitadas, observaba con tristeza y resentimiento –quizá con envidia– la vida de los que, por fortuna, aún no se habían convertido en sombras. Evidentemente, yo ignoraba por entonces que los lugares no alteran el destino de las personas, que no se puede huir de uno mismo.

La única costumbre de mi vida en la ciudad que pensaba mantener en mi nuevo hogar era la que me obligaba a levantarme de la cama antes de que despuntara el alba. En ese momento, yo interrumpía el silencio de mi casa, el silencio de aquella ciudad que era como un tigre adormecido, con una ducha que desperezaba mi mente y desentumecía mis miembros. A continuación me vestía, desayunaba y, sin perder más tiempo, regresaba a mi habitación, donde, después de acomodarme en un taburete, encendía la lamparilla de mi escritorio, la cual creaba una agradable burbuja de luz en la oscuridad que me rodeaba. A partir de entonces, invertía una hora –la que me separaba del instituto– en la redacción de relatos de todo tipo en los que ya se apreciaba una sensibilidad inusual, un conocimiento del mundo poco ordinario y unos recursos técnicos poco depurados que delataban mi inexperiencia, la inmadurez de mi talento, pero que, en definitiva, dejaban entrever un gran potencial literario. Si yo me sometía a esta rutina era porque ya por entonces tenía plena conciencia de que el don de la palabra escrita, el don de la creación y el de la metáfora estaban presentes en mis genes. Por eso me afanaba en despertarlos de su amodorramiento (todos los talentos son Bellas Durmientes a las que hay que desperezar con estímulos constantes), en tallar, con el instrumento de la perseverancia y con el de la disciplina, aquel diamante en bruto que me había regalado la naturaleza. En efecto, yo aspiraba a convertirme en un gran escritor, pues de todas las actividades intelectuales para las que estaba dotado –tanto científicas como humanísticas– la de la literatura era la única que iluminaba mi alma y la única que, a mi entender, podía hacer de mí un individuo libre, independiente e ilustre; la única que, en resumidas cuentas, podía redimirme de la insulsa vida a la que mi diferencia, por el momento, me había abocado. Pensaba yo que, algún día, ocuparía el trono de las letras que me correspondía y, entonces, el mundo no solo me respetaría y me lisonjearía, sino que, además, me abriría sus puertas y me permitiría intervenir en él, por fin, con pleno protagonismo. (Estas ensoñaciones hiperbólicas y pretenciosas que ahora evoco me causan un intenso rubor. Pero hay que disculpar a aquel adolescente que, por no tener nada satisfactorio a lo que asirse en aquel presente, se agarraba con desesperación a su ambición y a un futuro hipotético).

«¡Qué pasa!», exclamé. Un zumbido había interrumpido bruscamente mis pensamientos. Giré la cabeza hacia la silla de madera y encontré a mi tío erguido, sujetando la caña con ambas manos. La vara de resplandeciente grafito había adquirido una impresionante forma parabólica; la nerviosa puntera, arrastrada por una fuerza invisible e incommensurable, se iba acercando al agua. Daba la impresión de que aquella columna vertebral encorvada iba a estallar en cualquier momento. Cuando comprendí lo que estaba pasando, se adueñó de mí una súbita excitación. «¡¿La tienes, la tienes?!», le pregunté a mi tío, como si no fuera evidente que, en efecto, había clavado un poderoso ejemplar que trataba de anclarse en el fondo. «¿Tú qué crees? ¿Es que no has visto la

picada? No estás por lo que hay que estar, muchacho». «¿Y ahora qué? ¿Te ayudo?, ¿sujeto el salabre?, ¿dónde me pongo?». «Tranquilo, no te aceleres. Voy a tardar un rato en sacarla: es de las gordas. Quédate donde estás y observa con atención». De repente, la caña recibió una fuerte sacudida que la hizo restallar. Mi ritmo cardiaco se aceleró; mi tío, en cambio, mantuvo la calma. «¡Se va a partir!», exclamé. «De eso nada: esta caña es una maravilla. Además, hay que dejar que se clave bien. No hay nada más frustrante que perder la pieza a mitad de camino porque estaba mal clavada». Mientras me instruía, mi tío, manipulando el freno del carrete con la mano que se encargaba también de mover la manivela, fue cediéndole metros a su preciada presa. Crepitaba el mecanismo del freno cuando el hilo salía rápidamente de la bobina; entonces la caña ascendía, suspiraba un momento y, al instante, cuando mi tío trataba de recuperarle algunos centímetros a la pertinaz criatura de la áurea frente, descendía de nuevo como un siervo que hace una reverencia frente al símbolo del dios al que venera. La danza de aquella escuálida bailarina de grafito no cesaba. El que la controlaba conseguía, gracias a su pericia, eliminar de sus movimientos cualquier tipo de brusquedad que la hiciera flaquear y, por tanto, rendirse a la fuerza que la sacudía. La línea se desplazaba rápidamente por el agua de izquierda a derecha; de repente, retrocedió con celeridad. «¡Ves lo que hace, la muy puta! Se viene hacia nosotros para destensar la línea. ¡Son muy listas, sobrino! Pero esta no se va a salir con la suya». Mi tío, para frustrar la maniobra de aquella astuta estrategia, descendió la caña a una posición prácticamente horizontal, recuperó rápidamente la línea a golpe de manivela y, a continuación, agitó las riendas de su montura de grafito, que se irguió y espoleó el aire como un caballo indómito. Entonces la furia del bravo espárido –que sin duda seguía sintiendo el agujijón de acero forjado entre sus molares– sometió la caña a una torsión tan extrema, que incluso mi tío llegó a temer por su integridad: «¡Mierda, me la va a hacer añicos!». «¡Suéltale hilo, suéltale hilo!», le apremié, olvidando por un momento que él era el maestro. «¡No puedo: está buscando la roca! Si se cobija en algún agujero no habrá manera de sacarla». Sentí en el estómago la angustia y la desazón que nos imponen las situaciones extremas. Nunca habría imaginado que una criatura tan bella y delicada fuera capaz de desplegar una fuerza tan hercúlea, que fuera capaz de ejercer una resistencia que me amedrentara e, incluso, arrojara a mi tío, que, aunque estaba acostumbrado a salir victorioso de aquellas lidias, mostraba, de cuando en cuando, algunos síntomas de flaqueza. Y es que aquella amazona escamada permanecía sumergida en el agua a dos metros escasos de la plataforma metálica y, como un proyectil de platino, se precipitaba hacia el fondo rocoso en busca de algún agujero en el que pudiera atrincherarse o de alguna roca afilada contra la que pudiera rasgar el *monofilamento* que la tenía prendida. Me fijé entonces en que mi tío había bloqueado el freno de la bobina y desbloqueado el seguro de la manivela. Así, cuando la brava valquiria de plata embestía, mi tío invertía el movimiento natural de la manivela y, cuando notaba que la fuerza disminuía, lo recuperaba. Más tarde mi mentor me explicaría que este sistema le permitía controlar con más precisión los arranques de los ejemplares más obstinados: él iba cediéndole terreno a la pieza en función de la fuerza que ésta ejercía. Le cedía, por ejemplo, medio metro de centímetro en centímetro y después le recuperaba, de un rápido tirón, sesenta o setenta centímetros. De este modo, conseguía que la pieza nunca alcanzara aquel recodo salvador al que se dirigía y, al mismo tiempo, la iba acercando cada vez más a la superficie.

Más de veinte tensos e inquietantes minutos tardó mi tío en vencer la resistencia de aquel obstinado ejemplar, que, como una inmensa lágrima blanca, afloró a la superficie y, exhausta, comenzó a flotar exhibiendo su esbelta librea plateada y la franja ígnea de su frente. En un principio, cuando yo la vi sometida y entregada sobre el agua,

experimenté una gran satisfacción, ya que, durante el tiempo que había durado la batalla, había ido creciendo en mí el deseo de capturar aquella magnífica criatura cuya astucia y fortaleza, según lo que me había insinuado mi tío, solo podían ser vencidas por un hombre paciente, inteligente y perseverante; pero en el momento en que comprendí que nuestra victoria significaba la muerte de aquella bella criatura, una sombra de culpabilidad se cernió sobre mi ánimo. Fue la primera vez que experimenté lo que he denominado la paradoja del pescador: por un lado, ansiaba apropiarme de aquel magnífico ser para recrearme en su belleza; por otro, deseaba otorgarle la libertad. «¡Ya la tenemos, sobrino! Ahora hay que acercarle el salabre con cuidado. Son tan listas que, a veces, disimulan estar agotadas y, cuando menos te lo esperas, te pegan un fuerte tirón y te rompen la línea. Mira cómo lo hago». Mi tío se sentó en su silla, elevó la caña, bloqueó el seguro de la manivela, aflojó un poco el freno de la bobina, cogió con una mano el salabre –que tenía una longitud de seis metros–, extendió su pierna derecha –sobre la que apoyó el salabre– y, con sumo cuidado, logró introducir a la desfallecida dorada en la red; colocó entonces la caña en el soporte de la silla y, seguidamente, alzó el salabre hasta la plataforma. «Es preciosa. ¿Cuánto pesará?», quise saber yo. «Unos cuatro kilos. ¿Has visto cómo le brilla la frente? Desde luego, se merece el nombre que tiene». «¿Por qué no la soltamos? Aún está viva». «Te da pena, ¿verdad? Ya sé que se merece la libertad, pero, hijo mío, los ejemplares como este escasean. Vamos, que no se cogen todos los días. Yo suelo llevarme unas tres o cuatro piezas a casa; las demás las devuelvo al agua, sobre todo si son pequeñas. Pero con esta tenemos que hacernos una foto. Tienes que dejar atrás los sentimentalismos; si no, no podrás ser pescador», me dijo mi tío. A continuación éste extrajo, con la ayuda de unos alicates, el maltrecho anzuelo de la poderosa boca de la dorada; acto seguido, metió la hermosa pieza en una amplia red azul que fue a parar al interior de un cubo repleto de agua. «No se te ocurra nunca quitarle el anzuelo con los dedos: te los dejaría hechos papilla», me advirtió mi tío. Yo asentí con la cabeza y le dije: «Eso si alguna vez cojo alguna». «Por supuesto que sí. Hoy mismo te vas a estrenar. Capturo una más y te cedo la caña, ¿vale? Ahora no te despistes como antes. Quiero que veas cómo pica y cómo tienes que darle el tirón».

Mi maestro, en efecto, capturó a los diez minutos otra dorada de tamaño mucho más reducido. Aunque a mi tío le dije lo contrario, la verdad es que, a pesar de que estuve muy atento, fui incapaz de detectar la picada. No sentí la presencia de la nueva presa hasta que el experto levantó la caña súbitamente y ésta se convirtió en un mayestático arco de triunfo. Así pues, afronté mi turno con ostensible inseguridad: después de que mi tío proyectara la plomada hasta nuestro *pesquil* (aún no me había enseñado a manejar aquel látigo de precisión), yo me senté en su silla adoptando una postura encorvada, rodeé la caña con las manos –sin llegar a tocarla– e incliné la cabeza hacia la derecha para poder ver con más nitidez su sensible puntera, que, como la batuta de un director de orquesta, seguía el ritmo lento que le marcaban las olas. Atenazado, esperé a que se produjese la señal que, en la ocasión anterior, no había sido capaz de captar (seguramente, porque desde mi posición el sol me cegaba). Supuse que la puntera de la caña, aunque fuera por un breve instante, descendería bruscamente anunciándome la presencia de una cautelosa dorada. Pero en ningún momento se vio modificado el ritmo monótono e hipnótico de la puntera. Y, sin embargo, mi tío me gritó de repente: «¡Dale! ¡Dale!». Sobresaltado, tardé un par de segundos en asimilar el contenido del mensaje. Así que mi tardanza, aunque insignificante, me hizo fracasar: levanté la caña e, inmediatamente, la línea se destensó; al recuperarla, noté el peso muerto de la plomada. «¡Te ha robado el cebo, sobrino! ¡Se ha burlado de ti!». «Pero si no ha picado. Tú sí que quieres tomarme el pelo», le contesté, escéptico. «¿Que no ha picado? ¡Anda que no!

Dos veces, ha picado dos veces». «Imposible, no le he quitado el ojo de encima a la puntera». «Pues no lo has visto. Y si no lo has visto ahora tampoco lo viste antes. ¿Por qué no me dijiste la verdad?». Avergonzado, no supe qué contestar; temí que mi falta llevara a mi tío a retirarme la confianza. Pero éste fue indulgente: «Olvídate de las picadas escandalosas que hayas visto anteriormente. La dorada, a no ser que la competencia sea mucha, apenas desplaza la puntera de la caña un centímetro. Así que, en cuanto veas el más mínimo movimiento, le das el tirón». Cuando recogí la totalidad de la línea, los cebos, efectivamente, habían desaparecido. En ese momento, la admiración que mi tío me inspiraba alcanzó grandes dimensiones.

Al poco rato, ya estaba yo de nuevo observando aquel garfio de grafito. Y no tardé mucho en verme nuevamente humillado. Mi tío, paciente, me sugirió que lo intentara de nuevo. Pero la burlona dorada, como un ladrón de guante blanco, volvió a sustraerme los tesoros en dos ocasiones más. Colérico, impotente, vejado por una bella criatura que se acercaba a mis dominios, se pavoneaba y, cuando lograba lo que la había atraído, escapaba en silencio esbozando una maligna sonrisa, le dije a mi tío que tiraba la toalla. «¿Te vas a rendir ahora? ¿Así te enfrentas tú a las dificultades? Sinceramente, me decepcionas. Creía que tenías un poco más de orgullo», me provocó el hermano de mi madre. «¡Pero es que no lo veo! ¡Cómo la voy a clavar si no veo cuándo pica!», protesté. «¡Concéntrate, muchacho! ¡Deja la mente en blanco!». Así lo hice en la siguiente tentativa: me abstraí del mundo que me rodeaba, desalojé de mi mente todos los objetos que la distraían y, en su lugar, dispuse la puntera de la caña, una diosa negra que lo abarcaba todo, que no dejaba que nada se filtrara desde afuera, ni siquiera el murmullo de las olas o el silbido apagado de la brisa. Entonces lo vi, vi aquel toque sutil que se confundía con el vaivén al que el oleaje sometía a aquella gigantesca puntera que constituía ahora mi mundo. «¡Qué delicada, qué hábil, qué astuta criatura aquella!», pensé. Mis manos, afianzadas ya a la caña, aguardaron a que el aliento de la dorada volviera a soplar sobre la puntera. «¡Ahí está!», vociferé; y, como el cataléptico que emerge de repente de su letargo inmóvil, enderecé mi lanza y me levanté de la silla dando un brinco. Aquel mástil hueco se convirtió, como por arte de magia, en una media luna que, como un cable eléctrico conectado a mi cuerpo, me transmitió las irradiaciones de una fuerza que se me antojó indoblegable. De súbito, aquella fuerza explotó. La caña se escapaba de mis manos sudorosas. Mis piernas, intimidadas, comenzaron a temblar sobre la plataforma. Mi tío, entretanto, me daba consejos apresurados. Pero sus palabras no podían de ningún modo penetrar en mi mente, un caos de conceptos e imágenes que había encomendado mi suerte al instinto. No pudo intervenir mi raciocinio en aquella batalla porque mi presa, que pensaba con mayor rapidez, bloqueaba mi pensamiento. Perdí, pues, el control de mí mismo y, por tanto, tuve que aferrarme a la improvisación. Como mi presa iba siempre unos pasos por delante de mí, pronto comprendí que ésta terminaría infligiéndome una dolorosa derrota. Pero, al cabo de un par de minutos, la situación cambió inesperadamente: la fuerza de la dorada comenzó a menguar y, por consiguiente, a pesar de mi impericia, me resultó cada vez más fácil atraerla hacia la plataforma. Se acercó como la hembra hermosa y displicente que, después de fatigar el orgullo de su pretendiente para determinar así su valía, se entrega afablemente al que la merece. Al parecer, yo merecía aquel combativo ejemplar que pronto estaría sobre la superficie del agua. Alentado por la cercanía de la victoria, aceleré el movimiento giratorio de la manivela del carrete – mientras mi tío me aconsejaba, casi me suplicaba, que la moviera más despacio, que tratara a la dorada con delicadeza–; y, antes de lo previsto, un inmenso destello plateado, que llevaba tatuado un sarpullido de oro, llegó a mis ojos desde el manto turquesa de las aguas. Ahí la tenía ya, inmóvil, a escasos centímetros de la superficie.

Dejé entonces de inquietar la manivela, pues me subyugó el tamaño de aquella perla cuya silueta deformaban las aguas ondulantes. Aquel ejemplar era, sin lugar a dudas, más grande que el que había capturado mi tío en primer lugar; y, sin embargo, había presentado una resistencia ridícula. «¿Cómo es posible?», me pregunté. Pensé que, en cuanto izáramos aquel ejemplar que me encaramaría anticipadamente al Olimpo de los pescadores, mi tío me daría una buena explicación. Fue entonces cuando algo me sacudió violentamente el brazo derecho. Era la caña, que se había desprendido de mi mano y que, milagrosamente, se balanceaba sobre la silla de madera. Pude atraparla antes de que se precipitara al agua; y, cuando la levanté, comprobé, confundido y desesperado, que había perdido su brío, que el monofilamento que se deslizaba por sus anillas era una flácida serpentina. Mi mirada, instintivamente, buscó aquel deslumbrante tapiz plateado que me había hecho bajar la guardia; lo hizo antes de que mi mente pudiera deducir que éste no podía seguir donde estaba. Y, sin embargo, lo encontraron mis ojos, espléndido, imperturbable, sobre el agua. Las dudas me asaltaron: «¿Qué ha pasado? ¿Se ha desclavado? Pero ¿por qué no se mueve?». En aquel momento, mis oídos dieron acceso por fin a los gritos que mi tío profería: «¡Pero qué has hecho! ¡La has dejado escapar! ¡Y encima casi se lleva la caña! ¡Pero en qué coño estabas pensando!». «Ah, ¿la he perdido?», pensé yo, ya que el manto de plata y oro seguía aún en su sitio. «Es una pena. Ya la tenías», dijo una voz extraña. De repente, la luciérnaga del presentimiento iluminó mi mente. Me di la vuelta y me topé con una hermosa muchacha (demasiado hermosa) que llevaba un bañador plateado ceñido al cuerpo y, coronándole la cabeza, una cinta amarilla. Comprendí inmediatamente lo que había sucedido. La vergüenza me congestionó el rostro. «¿Cómo he sido tan estúpido? ¿Cómo he podido confundir reflejos tan parecidos pero, en esencia, tan dispares?», pensé. El movimiento ondeante del agua había distorsionado la realidad que reflejaba y, secundado por la turbación que me había causado el fragor de la batalla, había conseguido confundir mis sentidos.

Aquella muchacha entrometida –que no era ya un punto fugaz, sino una conmovedora realidad– había sido la causa de mi fracaso; una causa que, para no ponerme aún más en evidencia, decidí no manifestar, pues, amén que tal justificación resultaría inverosímil, yo no quería hacer responsable a la muchacha de mi descuido y arriesgarme, de este modo, a ofenderla y a que mi tío, por su parte, pensara que yo, además de torpe, era una persona mezquina. Así que me limité a decir: «Me he despistado un momento y... Es más difícil de lo que parece». La muchacha, con las manos afianzadas a las caderas –que empujaban hacia los lados la parte inferior del biquini con gracia y exquisita moderación–, me sonrió e, ignorando a mi tío –que seguía reprendiéndome–, me dijo: «Y tan difícil. Mi padre no coge ni una. ¿Te importa si me quedo a mirar?». «Claro que no», le contesté, fascinado por su rotunda belleza, tan cercana, tan exuberante, tan deleitosa. En ese instante, las doradas se disolvieron en mi mente como frágiles e insuficientes terrones de azúcar. Ahora era el líquido azúcar que expelía la bronceada piel de la muchacha el que demandaba mi atención. «Habéis cogido alguna, ¿verdad? Lo he visto desde nuestro puesto», dijo la muchacha señalando a su padre con el dedo índice. «Hemos cogido dos. ¿Quieres verlas?». Sin darle tiempo a responder, extraje del cubo la red azul –que chorreaba agua roja– y le mostré a la muchacha los cuerpos rígidos pero bellos de aquellas magníficas doradas que llevaban la muerte grabada en las pupilas. «¡Qué grande es esa! ¡Y qué plateadas! Qué raro, cuando mi padre ha traído algunas a casa eran muy oscuras». «¡Venga, venga, se acabó la pesca!», refunfuñó mi tío. Lo hizo de una manera tan brusca, que, sin duda, molestó a la muchacha, cuya sonrisa huyó presurosa de sus labios. Yo hice caso omiso a las palabras de mi tío y, para integrarlo en la conversación que la muchacha y yo habíamos

iniciado, le comenté: «Dice esta chica que las doradas que coge su padre son oscuras. ¿Las hay así?». «En el mercado sí. Son doradas de vivero. Como no les da la luz del sol, se ponen oscuras. Y, al rozarse las unas con las otras, pierden casi todas las escamas». El comentario de mi tío ruborizó a la muchacha, que, tratando de desviar la conversación, se acuclilló, acarició el lomo de la dorada más grande y dijo: «Lo que no entiendo es por qué las llaman doradas si son plateadas». «Es porque tienen la frente dorada. ¿No lo ves?», le aclaré. «Yo no veo nada». Ciertamente, la muchacha no podía ver nada, porque la purpurina dorada había desaparecido de la frente de aquellos ejemplares. «¿Qué ha pasado aquí?», le pregunté a mi tío. Éste me sacó de mi estupefacción: «Cuando se mueren, la mancha desaparece». «Qué curioso», comentó la muchacha, que me mostraba, tal vez sin pretenderlo, el succulento canalillo de sus pechos, vivos, turgentes, sudorosos. «Bueno, ya está bien por hoy. Voy a recoger. Se nos está haciendo tarde», sentenció mi tío.

I

Viernes 24 de junio

Querido señor Luis: hace ya un mes que me separé de usted; hace ya un mes que, egoístamente, le arrebaté la compañía de aquel al que estima como a un hijo. No sabe cuánto siento haberlo abandonado; aunque la decisión no dependía de mí, no puedo desprenderme del efecto nocivo de la culpabilidad. No obstante, ahora estoy plenamente convencido de que esta mudanza ha sido todo un acierto, pues la nueva vida que se abre ante mis ojos es realmente prometedora. Estoy seguro de que el aire purificador que aquí se respira regenerará en poco tiempo mis ganas de vivir con intensidad. Por lo que he podido comprobar a lo largo de estos treinta días, este nuevo hábitat está hecho a la medida de mi temperamento. Así que se acabaron las reclusiones y los llantos. Se lo prometo.

Sí, lo sé. Comprendo que, aunque usted se alegrará sin duda de mi bienestar, mi ausencia le debe de causar una profunda melancolía; puede que, incluso, afecte negativamente a su delicada salud (espero que no). Yo era su sustento vital y usted –no lo dude– era el mío en aquella ciénaga. Pero debe entender que, para un adolescente como yo, la compañía y el estímulo de un anciano, aunque edificantes y sumamente gratificantes, son insuficientes. Ha llegado el momento de ser egoísta. Por eso no puedo decirle que echo de menos lo que dejo atrás, que me habría gustado que mis padres no se hubieran visto obligados a trasladarse a este hermoso pueblo costero. ¿Cómo voy a echar de menos aquel barrio sucio e inmoral, aquel instituto infecto y corrupto, a aquellos compañeros malvados y crueles, a aquellas muchachas indiferentes? ¿Cómo voy a echar en falta aquella angustiada soledad? Es más, ¿cómo voy a echarlo de menos a usted si está asociado, por contigüidad, a todas aquellas cosas que tanto detesto? No puedo echarlo de menos, además, porque, a partir de ahora, gracias a la correspondencia, voy a tenerlo a mi lado desvinculado ya de todas aquellas fuerzas malignas que lo rodeaban. Ahora es usted un amigo y un confidente perfecto. De todos modos, le pido perdón de nuevo por mi abandono y, sobre todo, por mi descaro. Estoy convencido de que sabrá interpretar correctamente mis palabras, que no son más que una manifestación inexacta –y, por consiguiente, insatisfactoria– del torbellino de sentimientos que se agita en mi interior.

He estado tan ocupado durante estos días en tareas meramente contemplativas, tan embelesado por todo lo que me rodea, que he dejado un tanto olvidadas mis obligaciones literarias (obligaciones que, como sabe, me resultan muy placenteras). De hecho, el magnífico sol que se cuele a hurtadillas por la ventana de mi cuarto aún no me ha visto escribir ni una sola línea. Y es que ahora disfruto de un sueño imperturbable que, los días en que no visito a mis tíos, no cesa antes del mediodía y que, por tanto, absorbe las horas matinales que solía dedicar a la escritura. Y, durante el resto del día, estoy tan embebido en la inspección de esta reducida geografía, en la comunicación con las personas que van a formar parte de mi círculo vital, que apenas me acuerdo de aquel relato que dejé a medias o de aquellos diálogos que tenía que corregir para que resultaran más espontáneos; y, cuando me acuerdo, mi voluntad – que se ha vuelto un tanto ociosa– posterga siempre la reanudación de mis tareas literarias. Por lo visto, hoy por hoy esta acogedora realidad me resulta más atractiva

que mis realidades de tinta. En resumidas cuentas: ahora tengo pocas ganas de escribir. Y, claro, me pregunto si esto será algo pasajero o, sin embargo, algo que perdurará peligrosamente. Me pregunto, con cierto pánico, si mi dedicación a la literatura no era más que una forma –como otra cualquiera– de sobrellevar la soledad y el hastío, en cuyo caso tendría que llegar a la conclusión de que, ahora que me he librado –por el momento– de esos lastres, ya no la necesito. Eso sería terrible, ¿no cree? Bueno, seguramente estoy sacando las cosas de quicio. Supongo que, a medida que me vaya acomodando en mi nuevo hogar, a medida que vaya menguando esta exaltación que me producen los nuevos estímulos, iré recuperando las ganas de escribir. Pero no crea que le cuento esto con el ánimo de preocuparlo (aunque, a estas alturas de mi carta, ya debe de estar bastante preocupado). Lo hago para que vea el modo en que esta nueva atmósfera ha repercutido en mi espíritu y, en última instancia, en mis hábitos. Se lo cuento, en fin, para que me dé su opinión, la cual espero que sea tranquilizadora. En cualquier caso, como puede comprobar, ya me he reconciliado con la hoja en blanco: le he escrito en cuanto he tenido cosas que contarle.

Voy a comenzar describiéndole el paisaje de este pequeño pueblo costero, pues fue lo primero que reclamó mi atención. La verdad es que, en algunos aspectos, este lugar es muy parecido al barrio que me vio nacer: abundan, por ejemplo, los bloques de pisos en primera línea de mar; asimismo, hay varios hoteles repartidos estratégicamente a lo largo del pueblo; éste, además, no es menos bullicioso –al menos en esta época del año– que nuestro barrio; aquí el mar también constituye –aunque por razones distintas– un bello paisaje que proyecta su sombra sobre el pueblo. Pero aquí se acaban las similitudes. En este lugar se respira un aire más fresco, más sano, más dulce que dota a esos elementos similares en la forma de un aura especial que los hace disímiles en la esencia. La atmósfera, en definitiva, es mucho más acogedora. El mar, por su parte, goza de una agradable vitalidad que penetra en los poros de mi piel a través de la brisa; tanto es así que puedo sentir la fuerza de su juventud en mi interior. Qué diferente es del mar oscuro, plomizo, triste, que proyecta su negra sombra sobre la fachada de los edificios de aquel barrio urbano al que ya no pertenezco (aunque he de reconocer que, a pesar de sus lacras, aquel mar también era bello a su manera). Es como si aquel mar estuviera contaminado por la suciedad física y moral adyacente, en la que usted, querido señor Luis, se encuentra todavía inmerso. Así pues, si este mar, en cambio, se muestra ante mis ojos cristalino y jovial, debe de ser porque se ve beneficiado por un entorno cándido e incorrupto en el que, no lo dude, pronto me verá florecer. Otra de las sustanciales diferencias entre los dos entornos tiene que ver con el paseo marítimo, que, al contrario que el de su barrio, es precioso en este lugar minoritario: se encuentra embutido entre el asfalto y la arena de la playa; en cada uno de sus flancos, hay una hilera de magníficas palmeras que exhiben una sana corteza y unas cuidadas cabelleras verdes (mire por la ventana y verá los troncos despellejados y las copas desmochadas de las palmeras de su paseo marítimo); está salpicado de papeleras y de incólumes bancos de piedra (en su paseo marítimo, la madera de los bancos está astillada y pintarrajeada; y, de la mayoría de papeleras, solo quedan los tornillos que las apuntalaban); este paseo es, además, una lengua uniforme de baldosas que, para mi regocijo, no se mueven cuando camino sobre ellas. El paseo marítimo encuentra su final en el inicio del bullicioso puerto pesquero y deportivo, que, repleto de embarcaciones tradicionales y de embarcaciones de recreo, otorga una gran vistosidad al paisaje. El brazo corvo del rompeolas –al que se accede por una estrecha carretera– envuelve el puerto; la arriscada escollera es una amalgama de cubos de piedra a la que resulta realmente difícil acceder; al final de la escollera hay un faro rojo que, por las noches, desprende una intensa e intermitente luz verde. En el interior

del puerto, sobre una plataforma que lo divide en dos hemisferios asimétricos, se encuentra situada la lonja (uno de los espacios más emblemáticos del pueblo que, acompañado por mi padre, ya he tenido el gusto de visitar). Hay en este lugar, por otra parte, dos playas bien diferenciadas: una más ancha –y más concurrida– que abarca prácticamente todo el pueblo (la playa de San Cristóbal); otra más estrecha –la de San José– que se proyecta mucho más allá de una de las zonas residenciales (la otra zona residencial se encuentra situada en el extremo opuesto del pueblo), la cual está repleta de chalecitos e, incluso, acoge algún que otro camping de lujosas caravanas.

Sin duda se podrá usted imaginar en qué zona se encuentra nuestra nueva casa y nuestro nuevo negocio. Ciertamente, el dinero que nos dieron por nuestro modesto piso de Barcelona no da para chalecitos, ni aquí ni en ningún sitio. Pero quién necesita un chalet. Con un piso de noventa metros cuadrados tenemos suficiente, ¿no le parece? Y es que aún no me puedo creer que hayamos cambiado esta maravilla por aquella ratonera y que, encima, nos haya sobrado dinero. Sinceramente, no me explico cómo la mayoría de la población vive en las grandes ciudades: es un contrasentido. El piso, en fin, es estupendo, si bien no se puede ver la playa desde la terraza ni desde ninguna de las ventanas, pues nuestro edificio está situado, aproximadamente, en el epicentro del pueblo, a unos quinientos metros de la arena; quizá, con la colaboración de unos prismáticos –instrumento que no tardaré en comprar–, se podría atisbar, proyectando la mirada a través de los intersticios que hay entre los edificios que preceden al mío, parte del puerto y de la escollera que lo arropa; pero eso no sería gran cosa. Probablemente, usted estará pensando que, en este aspecto, el piso de la ciudad era mejor, ya que, desde su balcón, se podía ver la playa sin dificultad; estará pensando, asimismo, dado que me conoce perfectamente, que esta circunstancia me habrá causado un gran disgusto. Pues tiene razón: la aflicción, aunque ya ha perdido mucha fuerza, todavía hormiguea en mis entrañas. Supongo que, con el tiempo, me haré a la idea de que ya no me podré recrear, desde la soledad apacible de mi balcón, en los diálogos silenciosos que acostumbraba a mantener con el mar, ese compañero melancólico –tan parecido a mí– al que, un buen día, me acerqué para rogarle que me devolviera en óptimas condiciones a mi padre y que, desde ese día, se convirtió en una fuerza inspiradora que me abrumaba de belleza y, por qué no decirlo, de esperanza. Si no se lo he comentado nunca es porque me daba vergüenza hacerlo. Pero se lo comento ahora: en la imagen del mar he visto siempre reflejada mi alma, una sustancia opaca, escurridiza e inasible que se contorsiona en onduladas complejidades, que se eriza o se enfurece o se desboca o se aplaca, que es poderosa y frágil, que se ensucia y se renueva, que es hospitalaria y huraña, que araña y acaricia, que se alimenta a sí misma, que entraña un ecosistema de sentimientos que se depredan, que es finita e infinita, que cambia constantemente de forma, de color, de rostro, de aroma. Ahora sabe exactamente por qué contemplar el mar constituye uno de mis pasatiempos favoritos: observarlo, escrutarlo, es la mejor forma que conozco de indagar en mí mismo. De modo que resulta comprensible que la ubicación del nuevo piso me haya ocasionado un moderado malestar (ahora entiendo por qué mis padres ingeniaron tantas excusas para que yo no viera el piso antes de que nos trasladáramos a él definitivamente). En fin, peor habría sido estar rodeado de montañas. Al menos sigo teniendo a mi mudo compañero junto a mí, aunque sea algo más lejos de lo que estoy acostumbrado. (Es posible que todo esto le parezca absurdo; de hecho, la mayoría de la gente –mis propios padres, si me leyeran– lo creerían así. Ya sé que debo controlar mi temperamento hiperestésico. No hace falta que me lo repita en su próxima carta. Pero, créame, estoy siendo muy comedido).

Bueno, como ya le he dicho, al margen de su ubicación, el piso es magnífico. Mis padres –sobre todo mi madre, que ha hecho realidad uno de los sueños de su vida: tener un piso más amplio para pasarse más horas limpiándolo– están encantados. Y lo están aún más con el nuevo negocio familiar: la pescadería Santonja (yo quería ponerle un nombre más original, pero mis padres no accedieron a mis –según ellos– excéntricas propuestas), que inauguramos hace un par de días. El local está muy bien situado: en los alrededores de la Plaza de la Concepción. Y es que en esta céntrica zona – en la que abundan los comercios de todo tipo– no tenemos competencia, pues el mercado –en el que se encuentran condensadas todas las pescaderías– está bastante retirado de aquí. No creo, por tanto, que nos falte clientela, sobre todo teniendo en cuenta que, después de inspeccionar con suma atención durante varios días a la competencia, hemos establecido nuestros precios –en aquel género en el que era posible– un poco por debajo de los suyos. Por ejemplo, lo hemos reducido drásticamente en el caso de la dorada salvaje (que es aquella que no ha crecido en una piscifactoría y que, como se ha alimentado de una forma natural, resulta mucho más sabrosa), pues tenemos un amable proveedor que nos va a suministrar los ejemplares gratuitamente; ese no es otro que mi tío, cuya pasión más intensa, desde hace muchos años, es la de la pesca de la dorada, a la que se dedica obstinadamente durante los meses estivales y otoñales. (Por cierto, mi tío ha logrado convencerme de que vayamos a pescar juntos este domingo. Me ha dicho que, por lo que le han contado de mí, es posible que yo tenga madera de pescador. Pero, la verdad, a mí no me hace mucha gracia lo de la pesca. Ahora bien, no me he podido negar, pues, al fin y al cabo, mis padres y yo estamos en deuda con él: nuestra aventura no habría sido posible si mi tío no nos hubiera cedido, desinteresadamente, la propiedad del local en el que hemos instalado la pescadería. En fin, ya le contaré cómo me ha ido). Mi tío nos ha asegurado que podrá suministrarnos una docena de ejemplares de dorada salvaje a la semana. Pero, qué quiere que le diga, a mí esa cifra me parece demasiado optimista, pues, según tengo entendido, el hermano de mi madre solo va a pescar los viernes, sábados y domingos por la mañana (dado que su trabajo lo mantiene ocupado durante el resto de la semana). Habrá que verlo, vamos. En cualquier caso, está claro que no nos vamos a hacer ricos con las doradas de mi tío. Pero éstas, sin lugar a dudas, van a actuar de reclamo. Tenga en consideración que la dorada salvaje, por un lado, escasea (según mi padre, debido a su carácter migratorio, resulta realmente complicado localizarla; y, además, solo se agrupa en bancos en los breves periodos de reproducción); y, por otro, es muy apreciada por los consumidores habituales de pescado. De modo que el hecho de que podamos proporcionar doradas salvajes a nuestros clientes a un precio que se encuentre bastante por debajo de su valor real (tampoco crea que las vamos a regalar) va a conferir un gran prestigio a nuestro negocio. En poco tiempo se correrá la voz. Y, aunque no vamos a poder satisfacer toda la demanda, es previsible que aquel cliente que se quede sin su ración de dorada salvaje compre, en su lugar, otro producto cualquiera, pues, como se imaginará, no nos falta de nada: las artes de mi padre son tan efectivas en la lonja del pueblo como lo eran en el barco en el que faenaba. Pero basta ya. Debo de estar aburriéndolo con todas estas nimiedades. Tan solo añadiré, para finalizar, que la inauguración de la pescadería fue todo un éxito: acudió mucha gente deseosa de atiborrarse de canapés, pescado frito y marisco. Y es que hay que ser espléndidos con las personas que nos van a dar de comer en lo sucesivo.

Me gustaría hablarle, a continuación, de las personas que me rodean. Por el momento, no he hecho nuevas amistades (ya sabe que eso nunca se me ha dado bien). Espero, no obstante, hacerlas en breve. Me he prometido a mí mismo que, a partir de ahora, voy a sobreponerme a la timidez que tanto ha perjudicado, hasta la fecha, mis

relaciones sociales. Ahora bien, desprenderme de mis complejos no me va a resultar tan fácil como vencer la timidez; eso me llevará mucho tiempo; de hecho, tal vez no consiga nunca enterrarlos; confío, sin embargo, en que este paradisiaco lugar me ayude a sepultarlos, uno a uno, bajo la greda del olvido. Bueno, sigamos. Cuando le digo que no he hecho nuevas amistades, quiero decir, obviamente, que las únicas personas con las que he intimado –si es que esta palabra es adecuada– forman parte de la familia del hermano de mi madre. Me imagino lo que usted estará pensando: que, aunque fuera por mediación de alguno de mis familiares (de mis primos, por ejemplo), ya he tenido tiempo suficiente de hacer alguna que otra amistad. Le doy la razón. Pero si esto no ha sido posible se debe, exclusivamente, a que mis primos, aunque me han recibido cordialmente, todavía no han mostrado ningún interés por incorporarme a su vida: se muestran, por ahora, recelosos de su intimidad; mantienen las formas cuando me acerco a ellos, son educados conmigo; pero están cargadas sus palabras de una displicente frialdad que también emana de sus ojos; en vano he tratado yo de arrancarles, con astutas artimañas dialécticas, alguna invitación. De momento hacen ver que no se percatan de mis insinuaciones, que no captan los mensajes implícitos en mis palabras, que no se dan cuenta de que trato de ganarme su amistad. Mis primos se comportan, en definitiva, como si no tuvieran la obligación moral de procurar que yo me integre lo antes posible en la comunidad adolescente de esta pequeña sociedad. El hecho de que todavía no hayan pisado nuestra casa lo demuestra. Yo, en cambio, ya he visitado a mis tíos en varias ocasiones. Tal vez le parezca extraño lo que le cuento, ya que, por lo general, las personas no suelen ser tan esquivas con sus familiares, sobre todo si no tienen ningún motivo aparente. A mí, sin embargo, después de haber meditado mucho, no me parece tan extraño. Creo saber por qué me repelen mis primos. No, no me refiero a lo que posiblemente usted estará pensando. Estoy convencido de que no tiene nada que ver con el conflicto familiar que, durante mucho tiempo, ha mantenido enfrentados a mis padres con la familia de mi madre (como sabe, mis abuelos y mi tío nunca aceptaron que mi madre se casara con mi padre, al que, sin duda, consideraban muy poca cosa. Bueno, ya sabe, todo ese lío que ya le he contado mil veces). No, esa herida ya se ha cerrado (o, en todo caso, está a punto de cerrarse). La muerte de mis abuelos maternos reconcilió a mi madre y a su hermano; de lo contrario, mi tío no se habría portado tan bien con nosotros. De modo que no puede tratarse de eso. No puede quedar en el alma de mis primos ningún residuo de animadversión hacia nosotros si, como todo indica, ya no queda ninguno en la de su padre. No, no es eso. Me temo que lo que promueve el comportamiento renuente de mis primos está relacionado exclusivamente conmigo. ¿No adivina qué puede ser? Pues qué va a ser, señor Luis, lo de siempre, esa pesada cadena que arrastro desde que tengo uso de razón: todos saben ya que soy un superdotado (¡cuánto odio esta palabra! ¡Es como si se hubiera inventado para hacerme daño!). No sé cómo se habrán enterado. Me cuesta creer que mi madre se lo haya comentado a mis tíos, pues ella sabe lo mucho que me molesta que vaya alardeando de tener un hijo más inteligente de lo normal; sabe, además, que le he prohibido terminantemente que difunda esa información en este lugar. En cualquier caso, resulta evidente que mis tíos y mis primos lo saben; probablemente, lo sabían desde hace mucho tiempo (porque, aunque dos familias estén enemistadas, las noticias jugosas que las atañen suelen difundirse por conductos subterráneos); y, como ya lo sabían, mi madre habrá estimado que no había nada de malo en proporcionarles toda la información. De no ser así, no se explica que mi tía me haya hecho ya varios comentarios mediante los que ha demostrado un conocimiento pleno de mi itinerario intelectual. En fin, cuando encuentre el momento adecuado se lo preguntaré a mi madre.

De modo que ya se puede imaginar cómo se habrán tomado mis primos eso de que vayan a tener que tratar con su primo 'el superdotado'. Sin duda, se habrán dejado llevar por los tópicos: me habrán imaginado como una persona prepotente, seria, adusta, entregada al saber, cuyos intereses están en los antípodas de los de cualquier adolescente; por lo cual habrán considerado que no merezco –ni necesito– entrar en su círculo amistoso, donde desentonaría, donde sería un elemento discordante que alteraría la armonía de sus miembros. De seguro que no me equivoco. Ya ve, señor Luis, he desestimado siempre las becas en colegios especializados, he preferido seguir una educación convencional, he optado por alejarme de entornos elitistas, de atmósferas artificiales y enrarecidas, para no privarme, de esta forma, de los sustanciales e irremplazables placeres que ofrece la vida real, para no convertirme en un anciano prematuro, para disfrutar, en resumidas cuentas, de una infancia y una adolescencia normales; y, sin embargo, no lo he conseguido. Quizá habría sido mejor encerrarme en una burbuja con otros cerebritos. Pero no hablemos ahora de eso. Sigamos con lo de mis primos. Bien, si realmente son mis dotes intelectuales las que los distancia de mí, pienso hacerlos cambiar de opinión. Aunque yo soy, en efecto, una persona seria, severa, cerebral, interesada en tareas intelectuales, también poseo una faceta desenfadada, jovial, que a menudo el impermeable de mi timidez no deja ver; a mí me interesan las mismas cosas que le pueden interesar a cualquier adolescente; yo soy como todos ellos; lo único que nos diferencia (sutil diferencia) es que yo, por fortuna o por desgracia, veo todos –o casi todos– los pliegues del mundo, todos sus poros, y los analizo, y los comprendo, y los sufro; ellos ven un mundo plano que les gratifica; yo, en cambio, veo un mundo tridimensional que nos acecha. No obstante, eso no me convierte en un ser incompatible con los chicos de mi edad. Puedo perfectamente alternar las dos máscaras de las que dispongo para dar forma a mi carácter –la del intelectual y la del adolescente prototípico– en función de las circunstancias en que me encuentre (si bien la primera permanecerá siempre, acechadora, por debajo de la segunda); puedo, por tanto, adaptarme a todos aquellos entornos –y desenvolverme en ellos como uno más– que la gente, doblegada por los prejuicios, piensa que me son ajenos. Pero usted no necesita que yo lo convenza, así que no voy a seguir insistiendo en esto. A quienes tengo que convencer, para empezar, es a mis primos. Evidentemente, no voy a emplear los mismos recursos discursivos que estoy utilizando en esta carta, pues, con toda la razón del mundo, ellos los considerarían pedantes y, por tanto, muy propios de la imagen conceptual que, sin duda, se habrán hecho de mí. Será mi comportamiento –tan opuesto al que ellos esperan– el que termine arrojándolos a mi vera (o el que, mejor dicho, me acerque plácidamente, sin sobresaltos, a la suya). Y serán ellos los que, tarde o temprano, se verán obligados a dar el primer paso: ya me las ingeniaré para hacerles saber a mis tíos, de la forma más sutil posible, que sus hijos me tienen un poco descuidado. Bien, tendremos que esperar para saber si estas argucias me dan o no buenos frutos.

Antes de despedirme, voy a hacerle un escueto retrato de mis familiares (aunque quisiera, no podría profundizar en ellos, porque aún son, ante mis ojos, incógnitas en torno a las cuales giran multitud de hipótesis). Empezaré por mi tía, pues merece tal privilegio.

Mi tía Dominga –a la que todo el mundo llama Domi– tiene, a pesar de su edad, un físico espectacular que, al parecer, ha forjado en el gimnasio durante los últimos años. Tanto es así que, la primera vez que yo la vi en bañador en la playa, apenas pude reprimir una exclamación de admiración, ya que, aunque la ceñida ropa que suele llevar ya anunciaba una figura esbelta y recortada, no dejaba entrever las óptimas condiciones en las que se encuentran su piel y sus principales atributos de mujer (por

decoro, no voy a entrar en detalles, pues, al fin y al cabo, estoy hablando de mi tía). Estoy seguro de que a muchas jóvenes les gustaría tener su estampa. Ahora bien, tampoco le estoy diciendo que sea una modelo de pasarela; tan solo que, para la edad que tiene –no debe de ser mucho más joven que mi madre–, está de muy buen ver. Como le he dicho anteriormente, a la obtención de este espléndido físico han contribuido –además de una genética propicia, claro está– las horas semanales que mi tía invierte en el gimnasio (que deben de ser unas cuantas). Y es que mi tía es una persona ociosa que, como no tiene prácticamente obligaciones (dispone de una muchacha de servicio que se encarga de todo), goza de mucho tiempo libre para cuidar de sí misma y satisfacer todos sus caprichos, entre los cuales, por supuesto, se encuentra el de permanecer eternamente joven (aún no he descubierto el resto, pero puedo intuirlos). Por lo que se refiere a su carácter, he de decir que es una persona dicharachera en cuya conversación se pueden apreciar las huellas indelebles de una buena educación. En principio, parece amable y complaciente (conmigo, por lo menos, ha sido hasta ahora muy atenta). Esta complacencia es tal vez la que la lleva a ser poco estricta con sus hijos, demasiado indulgente; fundamento este juicio en algunos detalles de su comportamiento que he podido observar (detalles de los que, si me parece oportuno, le hablaré en otra ocasión). Por otro lado, he detectado algún que otro atisbo de prepotencia –relacionada con el elevado poder adquisitivo de su familia– en algunos de sus comentarios. Ahora bien, aún es pronto para determinar si la prepotencia es o no un rasgo distintivo de su temperamento. Permaneceré atento.

Por lo que respecta a mi tío Óscar, poco puedo decirle, en tanto que apenas lo he visto un par de veces y, en esas ocasiones, solo he intercambiado con él algunas palabras superficiales. Esto se debe a que el hermano de mi madre es una persona muy ocupada: pasa la mayoría del día en el bufete de abogados que tiene en Tarragona. Como he podido comprobar, en cuanto llega a casa por la noche se acuesta, no sin antes, eso sí, disculparse con muy buenos modales ante sus huéspedes y ante su propia familia, que ya debe de estar acostumbrada a esa triste situación (al menos ellos lo ven todos los días; yo podía pasarme sin ver a mi padre un mes entero). Mi tío dedica los fines de semana, íntegramente, a sus dos pasiones: la pesca y su mujer, a la que intenta compensar, me imagino, por la indiferencia a la que, por fuerza mayor, la somete de lunes a jueves (creo haber dicho ya que los fines de semana de mi tío constan de tres días). Así pues, no he tenido ocasión de tratarlo lo suficiente como para hacer una primera aproximación a su temperamento. Espero que, después de la jornada de pesca que compartiremos, yo esté en disposición de contarle algunas cosas jugosas acerca de él.

Solo me resta hablarle de mis primos. Comenzaré por el que me ha llamado más la atención. Ese no es otro que Ramón, que tiene cinco años más que yo y cuatro más que su hermano Antonio. Es un chico realmente atractivo, de constitución atlética, cualidades estas que obviamente debe a la aportación genética de su madre. Va siempre peinado y vestido impecablemente (toda la ropa que lleva, por supuesto, es de marca). Su indumentaria, por tanto, no desentona lo más mínimo con el reluciente casco de grafito que lleva siempre debajo del brazo y con la exuberante y bermeja Honda que apenas descansa en el garaje de la familia. Como su padre, pasa la mayor parte del tiempo fuera de casa (probablemente, tenga una novia a la que pasea, durante todo el día, en su cabalgadura de metal; o, quizá, un grupo de amigos motorizados cuya única ocupación sea la de devorar kilómetros de asfalto). No da la impresión, no obstante, de ser un chico descentrado; de hecho, está cursando estudios de Derecho en una universidad privada, y, por lo visto, con muy buenos resultados (el puesto de privilegio que le espera en el bufete de su padre debe de actuar de acicate). De modo

que es probable que solo se entregue a esa vida ociosa y despreocupada que yo intuyo durante los meses estivales. Si, en lugar de asertos, me sirvo de suposiciones para hablarle de la vida de mi primo Ramón es porque él, durante las escuetas conversaciones que hemos mantenido, no me ha hecho ningún comentario ni sobre en qué invierte su tiempo libre ni sobre con quién lo hace; es más, no me ha dicho nada que esté relacionado con su intimidad. En este sentido, mi primo Ramón da la sensación de ser una persona infranqueable; una persona fría, silenciosa, opaca, que, a mi juicio, mira a todo el mundo con cierto aire de superioridad, incluso a sus padres y a su hermano; actúa como si buena parte de lo que lo rodea no le incumbiera, como si todo eso estuviera en un plano de la realidad distinto a aquel en el que él se encuentra. Al menos esa es la impresión que yo he tenido en las ocasiones en que me he topado con él en su casa. Por tanto, si no me equivoco, no creo que pueda tener en mi primo Ramón a un amigo que me inmiscuya en su vida (pues intuyo que ni siquiera tiene en cuenta a su hermano). Sería una pena, pues ya sabe que siempre me ha gustado relacionarme con personas algo mayores que yo.

Mi primo Antonio, afortunadamente, no se muestra tan distante ni tan inaccesible como su hermano, aunque, como ya le he indicado, también me repele. Bueno, lo más destacable de su físico es, por un lado, su femenina cabellera rubia, que lleva siempre recogida en una coleta; y, por otro, su estatura (mide, aproximadamente, un metro ochenta y cinco) y su recia complexión (más aún que la de su hermano), las cuales, no se lo voy a negar, intimidan bastante, al menos a un muchacho escuálido como yo. Por lo que se refiere a su manera de vestir, no tiene nada que ver con la de su hermano mayor: su estilo es bastante desgarbado, si bien no llega a ser desagradable. En cierto modo, su indumentaria se parece a su forma de hablar, que es informal y desaliñada, aunque en ningún momento resulta tosca o vulgar. Afortunadamente, él estaba en casa casi siempre que yo le he hecho alguna visita a su familia, ya que, algunos días, se dedica a estudiar (o a fingir que estudia) hasta el mediodía, dado que le han quedado algunas asignaturas pendientes. Por tanto, lo he tratado más que a su hermano. De lo que mi primo Antonio me ha contado se desprende que es una persona poco responsable, algo alocada, que todavía no ha terminado de madurar (vamos, como la mayoría de los adolescentes de su edad); asimismo, he podido deducir que, en estos momentos, sus prioridades son la diversión y las mujeres. Según me ha dicho, él siempre ha sido un buen estudiante; pero este año ha perdido las ganas de hincar más los codos, si bien no me ha especificado el porqué (me imagino que habrá tenido algunas experiencias que le han provocado la apatía intelectual). Tal vez esté sumido en alguna crisis existencial que lo mantiene a la deriva. Pero no voy a seguir conjeturando. Resulta curioso, por otra parte, que, teniendo en cuenta que yo me he interesado por sus estudios, él no me haya preguntado por los míos. Es obvio que trata de evitar el tema. Y no seré yo el que lo saque a colación. De todos modos, me parece comprensible que a mi primo Antonio no le apetezca hablar de mi expediente académico; lo que él no sabe es que a mí tampoco me apetece. En fin, parece buen chico, aunque dé la sensación de estar algo desorientado. A pesar de que él y yo somos muy diferentes, creo que podemos llevarnos bien e, incluso, llegar a ser amigos. Aunque, por el momento, no me ha dado ninguna oportunidad (de hecho, la última vez que nos vimos le propuse que fuéramos a dar un paseo por el pueblo, pero él me dijo que ya había quedado y, por descontento, no me invitó a acompañarlo. Yo no quise forzar la situación). Pero no crea, señor Luis, que esto me preocupa en exceso. A pesar de estos pequeños inconvenientes, estoy muy contento con mi nueva vida. Además, mi primo Antonio no tardará mucho tiempo en darme esa oportunidad que necesito para que mi estancia en este lugar sea ya prácticamente perfecta.

Eso es todo, señor Luis. Espero que mi exhaustiva carta le satisfaga. Sin duda, usted merece el esfuerzo que me ha costado escribirla. Un momento. Se me olvidaba comentarle que ya he hecho los exámenes de Selectividad: eran muy fáciles. Si no le hice una visita durante mi breve estancia en Barcelona fue porque, aunque usted no lo crea, todavía no me he recuperado de la dura despedida que ambos protagonizamos hace un mes. Le ruego que no se demore mucho en contestarme, pues necesito tenerlo a mi lado. Hasta pronto.